con un hombre llamado José, de la estirpe de David» (Lc. 1,26). San José sabedor del voto de virginidad de María, la respetó y fue custodio de su virginidad.

A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue *preparada* por la misión de algunas santas mujeres; pero María sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que esperan en Él, y a ella le cuadra más que a todas las mujeres del A.T., el *«bendita entre todas las mujeres»*, por ser la Madre del Redentor **(497-489).**

La Inmaculada Concepción

La Virgen María, por ser destinada a ser la Madre del Salvador, fue dotada de toda clase de dones y de gracias, y por eso el ángel Gabriel la saludó como «llena de gracia», y por lo mismo «fue redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo» (LG. 53), mas la redención de María no fue *liberativa* del pecado original ya contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él.

Los Padres de la tradición oriental llaman a la Madre de Dios, la «toda santa» y también como inmune de toda mancha de pecado.

Pío IX definió el dogma de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre de 1854, y cuatro años más tarde la misma Virgen que se apareció en Lourdes a Santa Bernardita confirmó el dogma al decirle: «Yo soy la Inmaculada Concepción» **(490-493).**

Maternidad divina de María

A la Virgen María se la llama en los Evangelios «la Madre de Jesús» (Jn. 2,1; 19,25). Santa Isabel la llamó «la Madre de mi Señor» (Lc. 1,43), en la genealogía de Cristo, se termina así: *«María, de la cual nació Jesús»* (Mt. 1,16).

Según estos textos, la Virgen es Madre de Jesús. Ahora bien, Jesús es Dios, luego la Virgen María es Madre de Dios.

Notemos que quien nació de la Virgen en naturaleza huma-

na es una Persona divina, y por lo mismo no decimos que sea Madre de la divinidad, sino de una Persona que es Dios y hombre a la vez **(495).**

La Virginidad de María

La Iglesia ha confesado siempre que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo y permaneció «siempre virgen». El Concilio de Letrán en el año 649, dice que «permaneció virgen antes del parto, en el parto y después del parto» (Dz. 256).

Los relatos evangélicos (Mt. 1,18; Lc. 126-38) nos presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión humana. El ángel dijo a José, a propósito de María su desposada *«Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo»* (Mt. 1,20). La Iglesia ve en ello el cumplimiento de la promesa divina hecha por el profeta Isaías, ocho siglos antes: *«He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo»* (Is. 7,14; Mt. 1,23). La Liturgia de la Iglesia celebra a María como «la siempre virgen» (LG. 52).

La objeción que se hace contra la virginidad de María es que la Biblia menciona unos hermanos de Jesús (Lc. 3,31; 6,3). A esto diremos que los llamados «hermanos de Jesús», no son hijos de María, porque relacionado con ella sólo hay un Hijo, Jesús (Lc. 2,41 ss.; Jn. 19,25). Los llamados hermanos no son más que *parientes*, pues los llamados Santiago, José, Simón y Judas, eran todos primos suyos, ya que está demostrado que todos ellos eran hijos de otra María, la casada con Cleofás o Alfeo... **(496-501).**

Nota: Los Padres y teólogos se valen de estas analogías para explicar el misterio. San Agustín: «Como entró Jesús en el Cenáculo donde estaban los apóstoles, cerradas las puertas, así vino al mundo sin perjudicar a la virginidad de María», y «como pasa el rayo solar por el cristal sin romperlo ni mancharlo»...

El Concilio Vaticano II nos dice: «María es a la vez virgen y madre, porque ella es la figura y la más perfecta realización de la Iglesia...» (LG. 63 y 64)... Y Ella colaboró a la salvación de los hombres por su fe y obediencia (LG. 56... **(502-507).**

LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO 16

Toda la vida de Cristo es un misterio

Conviene ante todo aclarar la palabra «misterio», que en general es algo inaccesible a la razón y oculto. San Pablo nos habla del «misterio que ha estado escondido desde el origen de los siglos a las generaciones pasadas y ahora revelado a los cristianos» (Col. 1,26) **(512).**

¿ Qué misterio es éste de que nos habla S. *Pablo* ?

Este misterio es Jesucristo encarnado, el Hombre-Dios con su plan de salvación universal.

Ahora la palabra «misterio» hablando de la vida entera de Jesucristo una vez relatada, no quiere decir que todo sea un enigma o algo incomprensible, sino por las cosas ocultas que aún no sabemos, como por ejemplo los diversos datos de los treinta años de la llamada vida oculta de Jesús en Nazaret, de la que sabemos poco, e incluso parte de su vida pública por lo que nos dice San Juan: *«Otros muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro»* (Jn. 20,30), pero lo que se ha escrito en los Evangelios es *«para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y creyendo, tengamos vida eterna en su nombre»* (Jn. 20,31).

Nota: Los apóstoles San Mateo y San Juan, fueron testigos oculares de la vida de Jesús, pues vivieron con Él, comieron con Él y oyeron sus palabras (1 Jn. 1,1), y San Marcos y San Lucas, escribieron sus Evangelios, una vez bien informados por testigos oculares, y habiendo conocido por la fe quién es Jesús, pudieron ver y hacer ver los rasgos de su Misterio durante toda su vida terrena... (512-515). Todos los misterios de la vida de Cristo son el anuncio y anticipo del Misterio Pascual.

Rasgos comunes en los misterios de Jesús

La Vida de Cristo es un misterio revelado, y 1) es *Revelación del Padre,* pues Cristo nos la ha revelado, pues nos habla

de Él con frecuencia: *«Yo y el Padre somos uno»* (Jn. 10,30). *«Quien me ve a Mí, ve al Padre»* (Jn. 14,9), y el Padre: *«Éste es mi Hijo amado, escuchadle»* (Lc. 9,35).

2) La Vida de Cristo es misterio de Redención. La Redención ante todo nos viene por la sangre de la cruz (Ef. 1,7; Col. 1,13-14; 1 Ped. 1,18-19), y misterio está en toda la vida Cristo, ya en su Encarnación haciéndose humilde y pobre por nosotros, ya en su vida oculta reparando con su obediencia nuestras insumisiones; ya por su palabra que purifica y por sus milagros y curaciones, por las que «tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades», y finalmente en su Resurrección por medio de la cual nos justifica (Rom. 4,25).

3) La vida de Cristo es misterio de Recapitulación, pues todo cuanto Él hizo, dijo y sufrió, tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera, procurándonos así la salvación de todos **(516-518).**

Nuestra comunión en los Misterios de Jesús

Cristo no vivió su vida para sí mismo, *sino para nosotros,* desde su Encarnación «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» hasta su muerte, y en su Resurrección para nuestra justificación (1 Cor. 15,3; Rom. 4,25), y ahora es nuestro abogado cerca del Padre» (1 Jn. 2,1), «estando siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb. 7,25).

Jesús en su vida se nos muestra como *nuestro modelo* para que lo imitemos siguiéndole por el camino de la virtud. Es el «hombre perfecto» que nos invita a imitarle en su vida de oración, de pobreza y demás virtudes **(519 ss.).**

Misterios de la infancia y vida oculta de Jesús

Los preparativos. La venida del Hijo de Dios a la tierra es un gran acontecimiento que Dios fue preparando durante siglos, especialmente con el anuncio de los profetas, que se suceden en Israel: *Isaías* dirá que nacerá de una Virgen, *Miqueas*, que nacerá en Belén, etc... y su Precursor inmediato fue *Juan el Bautista* (Hech. 13,24), llamado «Profeta del Altísimo» (Lc. 1,76) y que un día lo señalará con el dedo, diciendo: *«He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del*

mundo» (I n. 1,29) y precedió a Jesús *«con el espíritu y poder de Elías»* (Lc. 1, 17).

La Liturgia en el *Adviento* nos recuerda su primera venida como Salvador, y renueva con los fieles el deseo de su segunda venida (Apoc. 22, 17).

La infancia de Jesús la podemos ir viendo en los evangelistas San Mateo y San Lucas:

Jesús nace en un establo y nos da la lección de pobreza y humildad ...la adoración de los ángeles y pastores ...y luego los magos: *«Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz...»*.

-*La circuncisión* a los ocho días de nacer, rito en que se le puso por nombre Jesús... *La Epifanía,* manifestación de Jesús como Mesías de Israel, Hijo de Dios y Salvador del mundo... a unos «magos» venidos de Oriente (Mt. 2,1) que fueron a Belén para adorar al Niño-Dios ofreciéndole oro como a Rey, incienso como a Dios, y mirra como a hombre mortal.

-*La Presentación del Señor en el templo* (Véase Lc. 2,2239) y *la huida* a Egipto y su regreso a Nazaret (Mt. 2,13-18)...

-*Misterios de la vida oculta de Jesús.* Vivió obediente a sus padres, trabajando al lado de San José como carpintero, y *«progresaba en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres»* (Lc. 2,51-52).

El alma humana, que el Hijo de Dios asumió está dotada de un verdadero conocimiento humano. Como tal, éste no podía ser de por si ilimitado, se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo.

Por eso el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso progresar «en sabiduría, en estatura y en gracia» (Lc. 2,52) e igualmente adquirir aquello que en la condición humana se adquiere de manera experimental (Mc. 6,38; 8,27; Jn. 11,34). Eso... correspondía a la realidad de su anonadamiento voluntario en «la condición de exclavo» (Fil. 2,7) **(472)**.

Hallazgo de Jesús en el templo

San Lucas (2,41-52) es el que nos refiere este único suceso de la vida oculta de Jesús a sus doce años cuando subió con sus padres a Jerusalén a la fiesta de la Pascua.

Al tener que regresar a Nazaret, Él se quedó en Jerusalén

sin que sus padres se dieran cuenta, y después de un día de camino, al ver que no venía con una u otra comitiva de los hombres y mujeres, regresaron a Jerusalén y lo encontraron disputando con los doctores de la ley, los que estaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas.

Su Madre lanzó una queja amorosa: *«Mira cómo apenados te andábamos buscando, ¿por qué has obrado así con nosotros?* Mas Jesús haciendo alusión a su misión divina, les hace ver que a todos los negocios humanos antepone los negocios que miran a Dios, y a la persona de su padre virginal, antepone la persona de Dios su Padre, a quien Él llama suyo propio. *«María conservaba estas cosas meditándolas en su corazón»* **(531-534).**

LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS 17

—El bautismo de Jesús. El comienzo (Lc. 3,23) fue su bautismo por Juan en el Jordán (Hech. 1,22). Juan Bautista inauguró entonces su mensaje de penitencia, y cuando él con su vida penitente proclamaba *«un bautismo de conversión para el perdón de los pecados»* (Lc. 3,3), una multitud de pecadores, publicanos, soldados, fariseos y saduceos (Lc. 3,7) ss.) y también prostitutas (Mt. 21,32) se acercaban para ser bautizados por él, y entonces se le acercó también Jesús y recibe el bautismo.

Jesús era la suma inocencia y santidad infinita, no necesitaba el bautismo para purificarse, pero quiso cumplir toda *justicia*, es decir, guardar puntualmente todas las costumbres y leyes de su pueblo, santificar así las aguas del Jordán y darnos ejemplo de lo que debíamos hacer para entrar en la Iglesia.

Al bautizarse Jesús, se abrió el cielo y bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma corporal como una paloma, y se oyó una voz desde el cielo: *«Tú eres mi Hijo amado, en Ti me complazco»* (Lc. 3,21-22) **(535-537).**

Por el bautismo el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección...

También la victoria de Jesús en el desierto sobre el diablo tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre.
En general podemos decir que todos los misterios de la vida de Cristo vienen a ser un anuncio y anticipo del Misterio Pascual.

¿Qué es la tentación? **La tentación es una solicitación o incitación al pecado; pero la tentación no es pecado, sólo puede serlo cuando se consiente.**

«Los evangelistas indican el sentido salvífico de este acontecimiento msterioso... Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió en la tentación... Cristo se revela como el siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina... La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre» **(539).**

Satanás tentó tres veces a Jesús: de gula, de vanagloria y ambición, y las tres veces lo rechazó, diciéndole: *«Vete de aquí: Al Señor, tu Dios adorarás y a Él sólo servirás»* (Dt. 6, 13). Él venció al tentador en favor nuestro **(538-540).**

-El Reino de los cielos está cerca. San Marcos sintetiza todo el mensaje de Jesús en estas palabras: *«Arrepentíos y creed en el Evangelio».*

El reino que Cristo vino a predicar es un reinado sobre las almas, que tiene ahora su principio en la tierra y ha de tener su término en el cielo (Mt. 25,34). El Concilio Vaticano II dice: «Cristo inauguró en la tierra el reino de los cielos» (LG. 2). Y es principalmente la Iglesia de Cristo: «La Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este reino» (LG. 5). **(541-542).**

El anuncio del reino de Dios

Todos los hombres están llamados a entrar en este reino, que fue anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (Mt. 10,5-7) y está destinado a acoger a los hombres de todas las nacio-

nes (Mt. 8,11 ; 28,19). Para entrar en él es necesario acoger con fe la palabra de Jesús.

-El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con corazón humilde. Jesús fue enviado para *«anunciar la Buena Nueva a los pobres»* (Lc. 4,18)...

-Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: *«No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores* (Mc. 2,17).

1 Tim. I, 15), y les muestra una misericordia sin límites (Lc. 15, 11-32) **(543-546).**

-Los signos del Reino de Dios. Jesús acompaña sus palabras con numerosos *«milagros, prodigios y signos»* (Hech. 2,22), que manifiestan que Él es el Mesías anunciado (Lc. 7, 18-23)... Con sus muchos milagros demostró que Él era Dios...

La venida del Reino de Dios es derrota del reino de Satanás (Mt. 12,26)... *Los exorcismos de Jesús* liberan a los hombres del dominio de los demonios (Lc. 8,26-39)...

Las llaves del Reino

Desde el comienzo de su vida pública Jesús eligió unos hombres en número de doce, a los que llamó apóstoles (Mc. 3,1319) y con ellos fundó su Iglesia y al frente de los doce puso a San Pedro, al que le prometió el Primado con estas palabras: *«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella... y te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo...»* (Mt. 16,19).

El poder de las llaves designa la autoridad para gobernar a su Iglesia... y después de su Resurrección, Jesús le confirió el Primado prometido con estas palabras: *«Apacienta mis ovejas...»* (Jn.21,15-17).

La Transfiguración del Señor

Seis días después de la confesión y Primado de Pedro, Jesús llevó a tres de sus discípulos: Pedro, Santiago y Juan a un monte alto, que según la tradición es el Tabor donde se transfiguró. Allí dejó traslucir sensiblemente la Majestad de su divinidad a través de su cuerpo, resplandeciendo su rostro como

sol... La Transfiguración fue como una visión anticipada de la gloriosa venida de Jesucristo.

La finalidad de la Transfiguración fue confirmar y fortalecer en la fe a los apóstoles, para que cuando vieran más tarde su humillación en la Pasión, supieran que Él sufría, voluntariamente, porque quería así salvar a los hombres.

Cuando estaba hablando con Moisés y Elías (que representaban la Ley y los profetas), una nube los cubrió y se oyó desde el cielo esta voz: *«Éste es mi Hijo, el elegido: escuchadle»* (Lc. 9,35). Santo Tomás comenta: «Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el Hombre, el Espíritu en la nube luminosa» **(554-556).**

Subida de Jesús a Jerusalén

Un día dijo Jesús a sus apóstoles lo que había de acontecer, y por tres veces les repitió: « *¡Mirad! Subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, se mofarán de Él, le escupirán, le azotarán y le matarán; pero a los tres días resucitará»* (Mc. 10,32-34). Jesús amaba mucho a Jerusalén, quería el bien de ella. Los textos siguientes lo confirman:

Biblia: «¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuantas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas y no quisiste» (Mt. 23,37)... « Oh, si conocieras en el día de hoy lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos» (Lc.19,41-42).

Luego quiso hacer su entrada triunfal en Jerusalén y manifestarse como el verdadero Mesías, y él escogió su manera de entrar, que fue en un asnillo conforme al anuncio del profeta Zacarías (9,9; Mt. 21,1-11), y las gentes que se sumaban en aquella comitiva, cortaban ramas de los olivos de aquel monte y los tiraban por donde pasaba, y clamaban: *«¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»*.

Los pontífices y escribas al ver los milagros que hacía y a los niños gritando, se indignaron... Mas Jesús les dijo: *«Si estos caliaran, las piedras darían gritos de bendición y de triunfo»* **(557-560).**

«Jesucristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato». La Iglesia continúa anunciando al mundo el Misterio pascual de la Cruz y de la Resurrección de Cristo, y este misterio está en el centro de la Buena Nueva que los apóstoles y la Iglesia a continuación de ellos deben seguir anunciando.

¿Qué entendemos por el misterio pascual?

El Misterio pascual es «la Pasión, muerte, resurrección y Ascensión de Cristo», y es el eje de la predicación evangélica y también de toda la historia de nuestra salvación.

Jesús hablando con los discípulos de Emaús, que seguían incrédulos, para abrirles los ojos, les interpretó las Escrituras, y les dijo: *«¿No era necesario que Cristo padeciese eso y entrara así en su gloria?»* (Lc. 24,26 ss.).

Ya Isaías ocho siglos antes habló con detalles de este misterio: *«En sus llagas hemos sido curados...»* (Cap. 53), y San Pablo dirá claramente: *«Cristo murió por nuestros pecados... y resucitó al tercer día según las Escrituras»* (1 Cor. 15,3-4) **(571).**

Jesús e Israel

Jesús pasó unos treinta años de vida oculta en Nazaret, después comenzó su vida pública recorriendo todos los pueblos de Palestina, curando toda clase de enfermedades (Mt. 4,23-25), enseñando a sus paisanos, los judíos, la doctrina que tenían que practicar para salvarse; pero los fariseos y partidarios de Herodes, junto con sacerdotes y escribas, se pusieron de acuerdo para perderle (Mc. 3,6), por algunas de sus obras: perdón de los pecados (Mc. 2,7), curaciones en sábado (Mc. 3,1-6)... y porque decía que era Dios, como le demostraban con sus milagros (Jn. 10,31 ss.).

Los judíos le dijeron: *«Por ninguna obra buena te apedrea-*

mos, sino por la blasfemia, porque Tú siendo hombre, te haces Dios» (Jn. 10,33).

Jesús y la Ley

Jesús, al comienzo del Sermón de la Montaña, hizo alusión a la Ley dada por Dios en el Sinaí, y dijo: *«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir la Ley sino a darle cumplimiento»* (Mt. 5,17), o sea a perfeccionarla, pues los mandamientos revelados a Moisés los perfeccionó y llevó a la plenitud del amor: amor a Dios y al prójimo.

Aunque Jesús fue considerado por los judíos y sus jefes espirituales como un «rabí» (Jn. 11,28: 3,2; Mt. 22,23 s.) sin embargo no pudo menos que chocar con los escribas y doctores de la Ley, y más oyendo al pueblo que decía de Jesús: *«que enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas»* (Mt. 7,28-29)... y con esta misma autoridad desaprobó ciertas «tradiciones humanas» (Mc. 7,8) de los fariseos que «anulaban la palabra de Dios...».

Jesús y el templo

Jesús profesó profundo respeto al templo en el que fue presentado por José y María cuarenta días después de su nacimiento (Lc. 2,22-39), y en él disputó con los doctores de la ley, y por su gran celo expulsó a los mercaderes del templo..., hasta anunciar su destrucción, lo que le acarrearía nuevas contradicciones.

Jesús y la fe de Israel en el Dios único y Salvador

A partir del segundo año de la vida pública de Jesús, entre Él y las autoridades religiosas judías, hubo una manifiesta oposición, porque dichas autoridades juzgaban que Jesús hacía cosas contrarias a la Ley de Moisés, y Él siendo hombre se hacía Dios (Jn. 10,33) y sobre todo por envidia...

Jesús terminó aceptando el ser piedra de escándalo para aquellas autoridades (Lc. 20,17). Jesús escandalizó a los fariseos comiendo con los publicanos y pecadores (Lc. 5,30)... y porque perdonaba los pecados y les decía y demostraba que era Dios... y, por lo mismo, más que Jonás y Salomón... y que antes que Abraham naciese, era Él (Jn. 8,58), dijeron que era reo de muerte porque era un blasfemo diciendo que era Dios... y ellos por «ignorancia» (Lc. 23,34; Hech. 3,17) como por «endurecimiento» (Mc. 3,5) e «incredulidad» (Rom. 11,20)... terminarían condenándolo a muerte **(587-591).**

JESÚS MURIÓ CRUCIFICADO 19

Proceso de Jesús

Entre las autoridades religiosas de Jerusalén, hubo algunos como el fariseo Nicodemo (Jn. 7,30) y el notable José de Arimatea, que eran en secreto discípulos de Jesús (Jn. 19,38-39), y durante mucho tiempo hubo disensiones a propósito de Él (Jn. 9,16-17; 10,19-21), pero eran muchos los que le seguían.

Biblia: «Sin embargo, aún muchos entre sus jefes creyeron en Él; pero por causa de los fariseos no le confesaban...» (Jn. 12,42). La palabra de Dios crecía y el número de los discípulos se multiplicada de un modo extraordinario en Jerusalén. También una gran multitud de sacerdotes (judíos) abrazaron la fe» (Hech. 6,7). También después de Pentecostés: «millares de judíos creyeron, siendo celosos de la ley» (Hech. 21,20).

Por otra parte los fariseos amenazaban con la excomunión a los que siguieran a Jesús (Jn. 9,22)... A los que temían que «todos creyeran en Él», el sumo sacerdote Caifás les propuso profetizando: *«Es mejor que muera uno solo y no perezca toda la nación»* (Jn. 11,48-50).

El Sanedrín declaró a Jesús «reo de muerte» (Mt. 26,66) como blasfemo; pero como ellos no podían dar muerte a nadie, porque dependía de los romanos, lo entregaron a éstos, acusándole de revuelta política (Jn. 18,31) e insisten ante Pilato para que lo condene (Jn. 19,22) **(595-596).**

Los responsables de la muerte de Jesús

—Los judíos no son responsables *colectivamente* de su muerte. «Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces, ni a los judíos de hoy» (Conc. Vat. II. NA,4).

Los autores de la pasión de Cristo, porque todos hemos pecado; pero unos tienen más culpa que otros, pues así lo dijo Jesucristo: *«Por eso el que me ha entregado a ti, tiene mayor pecado»* (Jn. 19,11).

—*Pecó Judas* entregando al Justo a la muerte por avaricia.

—*Pecaron los judíos* pidiendo su muerte, especialmente los escribas y fariseos cuando le entregaron por envidia y despiadados clamaban: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*

—*Pecó Pilato* (que reconoció su inocencia e intentó librarle), pues estaba en su mano el condenar o soltar a Jesús (Jn. 19,10), y por no perder su puesto y enemistarse con el César, lo entregó para que le crucificaran.

—*Pecamos también todos*, todos los pecadores. Cuando se acercaron al Huerto de los Olivos para prenderle, Jesús dijo: *«Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»* (Lc. 22,33), y poco antes a sus discípulos: *«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores»* (Mt. 26,54). Todos cuantos hemos pecado somos culpables de la pasión del Señor...

Ahora los que siguen pecando con advertencia *«crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a la pública infamia»* (Heb. 6,6), y en este caso nuestro crimen es mayor que el de los judíos, porque según el testimonio del apóstol, *«de haberlo conocido ellos no habrían crucificado jamás al Señor de la gloria»* (1 Cor. 2,8) **(597-598).**

La muerte redentora de Cristo

«Jesús entregado según el preciso designio de Dios». Jesucristo aparece en la Biblia como *Redentor*, como *Salvador* y como *Libertador,* y por eso a su obra se la llama *Redención, salvación y liberación.*

¿Qué es la Redención? **La Redención es el misterio de los sufrimientos y muerte de Jesucristo en la cruz para rescatarnos a todos.**

Jesucristo vino a redimirnos del pecado, y nos ha redimido y comprado *«no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa, como cordero sin defecto ni mancha»* (1 Ped. 1,18; Ef. 1,7).

La muerte violenta de Jesús, como explica el mismo apóstol., pertenece al misterio del designio de Dios: *«Fue entregado según el determinado designio de Dios»* (Hech. 2,23). La presciencia de Dios no lo hace responsable del pecado del hombre. Dios ya previó que *«Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel, se juntaron en Jerusalén contra su Hijo Jesús»*, obrado *libremente*, y así dieron cumplimiento a lo que había antes Él decretado que sucediera (Hech. 4,27-28). Dios permitió los actos nacidos de su ceguera (Mt. 26,54; Jn. 18,36) para realizar su designio de salvación (Hech. 3,17-18 **(599-600).**

Cristo murió por nuestros pecados

El designio divino de salvación a través de la muerte de Cristo, había sido ya anunciada en la Escritura como un misterio de redención universal (Is. 53,11-12; Jn. 8,34-36), es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado.

San Pablo dirá después: *«Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras»* (1 Cor. 15,3). Dios, para redimirnos, hizo que su Hijo cargara con los pecados de todos, manifestando su grande amor a los hombres.

Biblia: «A quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él» (2 Cor. 5,21). Dios no perdonó a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros» (Rom. 8,32) para que fuéramos «reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom. 5,10) **(602-603).**

Iniciativa del amor redentor universal

Esta iniciativa parte de Dios, pues al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Él manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte.

Biblia: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 4,10 y 19). «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rom. 5,8).

La Iglesia, siguiendo a los apóstoles (2 Cor. 5,15; 1 Jn. 2,2) enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción **(604-605).**

CRISTO SE OFRECIÓ A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS 20

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

Jesucristo dijo que había bajado del cielo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le había enviado (Jn. 6,38), y en virtud de esta voluntad nosotros somos salvados, y lo somos por la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo (Heb. 10,5-10) **(606).**

¿Por quién se ofreció Cristo en sacrificio?

Cristo se ofreció en sacrificio «por los pecados de todo el mundo (1 Jn. 2,2), **y su Pasión redentora fue la razón de ser de su Encarnación.**

Biblia: «¡Padre, líbrame de esta hora! Mas por esto llegué a esta hora (Jn. 12,27). «El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber? (Jn. 18,11). «El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado» (Jn. 14,31) **(606-607).**

Jesús «es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn. 1,29) y

el que fue llevado en silencio como un cordero al matadero y cargó con el pecado de las multitudes (Is. 53,7 y 12), dando así su vida en rescate por muchos (Mc. 10,45) (**608**).

—*Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre,* amando también Él a los hombres y *«los amó hasta el extremo»* (Jn. 13,1), porque *«nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13).

Jesús aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que Él quiere salvar: *«Nadie me quita la vida; Yo la doy voluntariamente»* (Jn. 10,18).

—*Jesús anticipó en la Cena la ofrenda libre de su vida,* en «la noche en que fue entregado», haciendo en esta última cena el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre (1 Cor. 5,7) por la salvación de los hombres con estas palabras:

«Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros» (Lc. 22,19). *«Ésta es mi sangre de la Alianza que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados»* (Mt. 26-28). La Eucaristía que instituyó en este momento será el «memorial» (1 Cor. 11,25) de su sacrificio.

La agonía de Getsemaní

El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la cena al ofrecerse a sí mismo (Lc. 22,20) lo acepta a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní (Mt. 26,42) haciéndose «obediente hasta la muerte» (Fil. 2,8; Heb. 5,7-8).

Entonces oró así: *«Padre mío, si es posible, que pase de Mí este cáliz; mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú quieres»* (Mt. 26,39).

Al aceptar en su voluntad humana que se haga la voluntad del Padre, acepta su muerte como redentora para *«llevar nuestras faltas en su cuerpo sobre el madero»* de la cruz (1 Ped. 2,24).

—*La muerte de Cristo es el sacrifico único y definitivo,* y a la vez *sacrificio* pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres (1 Cor. 5,7; Jn. 8,34-36) por medio del «Cordero que quita el pecado del mundo» (Jn. 1,29), pues es ofrenda de valor infinito...

—*Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia:* «Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rom. 5,19).

En la cruz Jesús consuma su sacrificio

Ningún hombre, por santo que fuese, podía cargar con los pecados de los hombres y ofrecerse en sacrifico por todos, ni reparar por sus pecados propios, pues sólo Jesucristo: Hombre-Dios pudo hacerlo, porque como hombre pudo sufrir, y como Dios dar a sus sufrimientos un valor infinito... y lo que confiere valor de redención y de reparación, de expiación y satisfacción al sacrifico de Cristo es «su amor hasta el extremo» (Jn. 13,1).

¿Cuál es la causa de nuestra salvación?

La causa de nuestra salvación es el sacrifico de Cristo en la cruz, y por eso la Iglesia la venera cantando: «¡Salve, oh cruz, única esperanza!».

—*Nuestra participación en el sacrificio de Cristo.* La cruz es el único sacrificio de Cristo «único Mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim. 2,5) y «nos ofrece a todos la posibilidad de asociarnos a este misterio pascual» (GS. 22) y llama a todos sus discípulos a «tomar su cruz y seguirle» (Mt. 16,24) porque Él sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas» (1 Ped. 2,21)... **(616-618).**

JESUCRISTO FUE SEPULTADO

Jesús gustó la muerte para bien de todos» (Heb. 2,9) y Dios quiso que Él «muriese por nuestros pecados» (1 Cor. 15,3) y desde que Él expiró en la cruz hasta que resucitó, tuvo lugar la separación del alma del cuerpo, y aunque separados el uno del otro, permanecieron cada cual con la misma y única Persona de

Cristo, los que reunió Dios de nuevo por medio de la Resurrección.

Descenso a los infiernos. El estado de Cristo muerto es el misterio del sepulcro y del descenso a los infiernos; mas notemos que Cristo, en los días de su muerte, bajó al infierno, no al llamado «infierno de los condenados», sino al lugar donde estaban las almas de los patriarcas, de los profetas y demás almas justas, que murieron siendo fieles a los mandamientos de Dios, y descendió como Salvador, proclamándoles la Buena Nueva (1 Ped. 3,18-19).

El cuerpo de Cristo, por la virtud divina, como dice Santo Tomás, fue preservado de la corrupción, y ya el salmista y claramente en los Hechos, se nos dice: *«No permitirás que tu santo experimente la corrupción»* (Hech. 2,26-27; Sal. 16,9-10) **(624-627)**.

—Sepultados como Cristo por medio del bautismo...» (Rom. 6,4). «Bautizar» es igual a «sumergir», de aquí que el bautizado solía sumergirse en el agua y cubierta la cabeza con ella, se le sacaba inmediatamente. Con esto entenderemos el significado simbólico del apóstol. «El que se bautiza entra en el agua como en un sepulcro y en ella se sepulta el ''hombre viejo'', el hombre de pecado, saliendo luego el hombre ''nuevo'', provisto de una nueva vida, imitando en esto la resurrección de Cristo, que sale vivo de la tumba *«para nunca más morir»* (Rom. 6,4-5) **(624-635).**

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO 21

Acontecimiento histórico y transcendente

La resurrección de Cristo es el mayor de los milagros, y el dogma fundamental del cristianismo. Si éste fuese falso, serían falsos los demás y vana sería nuestra fe y nuestra esperanza, como nos dice San Pablo (1 Cor. 15,14); mas es menester confesar que la resurrección de Cristo es un acontecimiento real

que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas, como lo atestigua el Nuevo testamento **(624).**

¿Cuándo resucitó Jesucristo? **Jesucristo resucitó como lo había comunicado, al tercer día de su muerte, a saber, el domingo antes de la salida del sol.**

Podemos probar que Jesucristo resucitó: 1) Por los Evangelios; 2) por la señal del sepulcro vacío; 3) por las diversas apariciones de Jesús y 4) por los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado.

1.° *Por los Evangelios*, pues siendo históricos, o sea, auténticos, íntegros y verídicos nos presentan claros testimonios como éste (que fue el anuncio del ángel): *«¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado»* (Lc. 24, 5-6).

Biblia: Jesucristo resucitó según lo había predicho (Mt. 28,6). «Resucitó para nunca más morir» (Rom. 6,9). «Por que os transmití en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras, que se apareció a Pedro y luego a los Doce... y después de todos, se apareció también a mí...» (1 Cor. 15,3 ss.).

«Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe...; mas no: Cristo ha resucitado de entre los muertos y nosotros también resucitaremos (1 Cor. 15,17.20). «Matasteis al autor de la vida, al que Dios ha resucitado de entre los muertos, de lo que nosotros somos testigos» (Hech. 3,15).

2.° *Por el sepulcro vacío*, y aunque en sí no sea una prueba directa, sí fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Y no hay duda que el sepulcro sellado y luego vacío, el testimonio de los guardias, hablan a favor de la resurrección de Cristo.

Es el caso de las santas mujeres (Lc. 24,3.22-23), después de Pedro (Lc. 24,12) y Juan el discípulo que Jesús amaba, afirma que al entrar en el sepulcro vacío y descubrir las vendas en el suelo, «vio y creyó».

Además de las circunstancias del sepulcro sellado y luego vacío, tenemos el testimonio de los guardias. Los enemigos de Cristo, los jefes de Israel recurren a «testigos dormidos», y le

dan dinero a los guardias para que digan que mientras estaban dormidos, sus discípulos lo robaron.

Comentando este hecho San Agustín, exclama: «¡Oh infeliz astucia! Decís que cuando los guardias dormían, lo robaron... Si estaban dormidos, ¿cómo pudieron ver?, y si nada vieron ¿cómo pueden ser testigos?». El que es la Vida y vino a dárnosla, no podía morir para siempre. Como dice la Escritura: *«Jesucristo resucitó para nunca más morir»* (Rom. 6,9).

3.° *Por las apariciones* de Jesús que fueron muchas y son hechos realmente comprobados por la historia. Sabemos que Jesús se apareció a la Magdalena, a Pedro, a las piadosas mujeres en el camino (Mt. 28,9), a los discípulos de Emaús (Lc. 25,13 ss.), a los discípulos en presencia de Tomás (Jn. 20,26) y a más de 500 discípulos a la vez (1 Cor. 15)...

4.° *Por los encuentros de los apóstoles* con Cristo resucitado, por los que ellos iban luego dando testimonio de su resurrección, y decían: «nosotros somos testigos» (Hech. 1,22; 2,24; 3,15), y también tenemos que decir que las apariciones de Jesús fueron *reales e históricas*, no imaginativas, y confirman la resurrección de Jesús, porque fue *tocado y visto* por los apóstoles y multitud de fieles, y compartió la comida con ellos y los invitó a reconocer que no era un espíritu (Lc. 24,30 ss.)...

Nota: El cuerpo auténtico y real de Jesús poseería al mismo tiempo las propiedades de un cuerpo glorioso: *Claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad,* pudiendo hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere, porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra, y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre (Jn. 20,17).

La resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como el caso de las resurrecciones de la hija de Jairo, el joven de Naín o el de Lázaro, que volvían a morir. Cristo resucitó para nunca más morir... Su resurrección es como acontecimiento transcendente en cuanto a la entrada de su humanidad en la gloria de Dios **(638-647).**

La Resurrección, obra de la Santísima Trinidad

Las tres divinas Personas actúan juntas en la Resurrección de Cristo, al igual que intervienen en la creación y en la historia. Se realiza por el poder del Padre que «ha resucitado» a Cris-

to su Hijo (Hech. 2,24), y Jesús se revela definitivamente *«Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos»* (Rom. 1,3-4)...

Jesucristo resucitó «por su propia virtud», demostrando que es dueño de la vida y de la muerte, y si dice la Escritura en algunos pasajes que «fue resucitado por Dios», esta afirmación hay que entenderla en razón de naturaleza humana, o sea como hombre **(648-650).**

Sentido y alcance salvífico de la Resurrección

San Pablo afirma categóricamente que Jesucristo resucitó, y luego dice: «Si no resucitó Cristo, vana es nuestra fe, vana nuestra predicación...» (1 Cor. 15,14). La Resurrección es la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó. Todas las verdades, aún las más inaccesibles a nosotros, encuentran su justificación en Cristo y son prueba de su autoridad divina.

La Resurrección de Cristo es cumplimiento de las promesas del A.T. (Lc. 24,26 ss.), y la expresión «según las Escrituras» indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones. **(651-651).**

La verdad de *la divinidad de Jesucristo* es confirmada por su Resurrección. Él había dicho: *«Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy»* (Job. 8,28). Éste ciertamente es el mayor de los milagros. ¿Quién ha resucitado a sí mismo y como Él lo predijo? Así demostró que verdaderamente Él era el «Yo Soy», el Hijo de Dios y Dios mismo.

—*Jesús por su muerte* nos libera del pecado, y *por su resurrección* nos abre el acceso a una vida nueva. Ésta es la *justificación* que nos devuelve a la gracia de Dios (Rom. 4,25). Realiza además la *adopción filial*, porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, e hijos adoptivos por la gracia.

Por último, la Resurrección de Cristo, y el propio Cristo resucitado, es principio y fuente de *nuestra resurrección futura. «Si Cristo resucitó, nosotros también resucitaremos»* (1 Cor. 15,20-22). Por tanto *«los que viven que no vivan para sí, sino para Aquél que murió y resucitó por ellos»* (2 Cor. 5,15).

JESUCRISTO SUBIÓ A LOS CIELOS | 22

La Ascensión del Señor

¿Cuándo subió Jesucristo a los cielos?

Jesucristo subió a los cielos por su propio poder, en presencia de sus discípulos, a los cuarenta días de resucitado.

Biblia: «Durante cuarenta días se mostró Jesús vivo a sus discípulos con muchas pruebas, apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios» (Hech. 1,3). «Dichas estas cosas, a la vista de ellos fue elevado, y una nube lo ocultó a sus ojos...» (Hech. 1,9). «Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado hacia el cielo. Ellos le adoraron y se volvieron con gran alegría a Jerusalén...» (Lc. 24,51-52).

Jesús, poco antes de subir al cielo, dio a sus apóstoles el poder de perdonar los pecados (Jn. 20,21-23) y les dio instrucciones para que fuesen por todo el mundo a predicar el Evangelio y enseñar a todas las gentes (Mt. 28, 19-20; Mc. 16,15-16), y después de prometerles el Espíritu Santo, estando con ellos en el monte de los olivos, se elevó y una nube ocultó a sus ojos: *«Fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios...»* (Mc. 16,19).

El cuerpo de Cristo fue glorificado desde el instante de su Resurrección; pero en los días que Él come y bebe familiarmente con sus apóstoles y les instruye sobre el Reino (Hech. 10,41; 1,3), su gloria queda velada bajo los rasgos de la humanidad ordinaria (Mc. 16,12: Lc. 24,15; Jn. 21,4).

«Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre» (Jn. 3,13; Ef. 4,8-10). Él como Cabeza de la Iglesia, nos precedió en el Reino glorioso del Padre, para que nosotros vivamos con la esperanza de estar un día con Él eternamente. Ahora como Sumo Sacerdote «intercede por nosotros» (Heb. 7,25).

Sentado a la derecha del Padre. Por esta expresión hemos de entender la gloria y el honor de la divinidad, y también la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose así la visión del profeta Daniel respecto del Hijo del hombre: *«A Él se le dio*

imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones, lenguas, le sirvieron, y su reino no tendrá fin» (Dn. 7,14) **(659-664).**

«Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos»

Volverá en gloria

Al subir Jesús al cielo, mientras le estaban mirando sus apóstoles, se les pusieron delante dos ángeles y les dijeron:

«Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que ha sido elevado al cielo de entre vosotros, vendrá así como le habéis visto subir a él» (Hech. 1,8-12).

Y ¿cómo vendrá? Jesús mismo nos lo ha revelado: *«Vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad»* (Mt. 24,30).

Los católicos afirmamos diariamente este dogma, y así en el Credo de la Misa decimos: «Y de nuevo vendrá con gloria... subió al cielo y desde allí ha de venir y juzgará a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos».

Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra... Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido su misión, permanece en la tierra con su Iglesia **(668-670).**

Esperando que todo le sea sometido

El Reino de Cristo es un Reino que está presente y que ha de venir: está presente como un germen y un día vendrá en su plenitud (Lc. 22,18).

Este Reino, «reinado» de Cristo es principalmente su Iglesia, que es aún objeto de ataques y persecuciones de los poderes del mal (2 Tes. 2,7)... y hasta que todo no haya sido sometido a Cristo (1 Cor. 15,28), y *«mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia,* la iglesia peregrina... vivirá entre las criaturas que gimen en dolores de parto —pasando por muchas pruebas— y que esperan la manifestación de los hijos de Dios» (LG. 48) **(671-672).**

El glorioso advenimiento de Cristo...

Desde la Ascensión el advenimiento de Cristo en la Iglesia es inminente (Apoc. 22,20), aun cuando a nosotros no nos «*toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad*» (Hech. 1,7; Mc. 13,32).

Este momento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (Mt. 24,44; 1 Tes. 5,2), por eso se nos dice: «*Estad preparados, porque en la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre*» (íd).

La venida del mesías glorioso está en parte relacionada con la conversión de Israel (Rom. 11,20.25), y así dijo S. Pedro a los judíos de Jerusalén: «*Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación, y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de los profetas*» (Hech. 3,19-21).

La última prueba de la Iglesia

Antes de la última venida de Cristo, la Iglesia pasará por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes, pues por la falta de fe se multiplicará la iniquidad y se resfriará la caridad de muchos (Mt. 24,12; Lc. 18,8), vendrá la apostasía, falsos profetas, «el hombre de iniquidad o el Anticristo... (2 Tes. 2,3-4)..., pero el triunfo histórico de la Iglesia vendrá de un modo definitivo por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (Apoc. 20,7-10)... y el triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (Apoc. 20,12) **(673-677).**

Para juzgar a vivos y muertos

Jesucristo, al final de los tiempos «vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad» (Mt. 24,30) «para juzgar a

vivos y muertos», a cada uno según sus méritos, es decir, pondrá a la luz la conducta de cada uno (Mc. 12,38-40), revelando la disposición secreta de los corazones (Lc. 12,1-2; Rom. 2,16; 1 Cor. 4,5) y retribuirá a cada hombre según sus obras y según su aceptación o su rechazo de la gracia y del amor divino (Mt. 5,22: 7,1-5), y especialmente dará el cielo por las obras de caridad: *«Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis»* (Mt. 25,40). **(678-679).**

Capítulo 3.º

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO 23

Creer en el Espíritu Santo es profesar que el Espíritu Santo es una de las Personas de la Santísima Trinidad, consustancial al Padre y al Hijo, «que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria» (Símbolo de Nicea-Constantinopla).

Para entrar en contacto con Cristo, esnecesario primeramente haber sido atraido por el Espíritu Santo. Él es quien nos precede y despierta en nosotros la fe y nos inicia en la vida nueva... Él es también el que asiste a la Iglesia dándole infalibilidad en la doctrina y santidad en la moral, habitando por la gracia santificante en las almas...

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, y por ser Dios como ellos, recibe la misma adoración y gloria.

El influjo del Espíritu Santo nos es muy necesario, pues como dice San Pablo: *«Ninguno puede decir: ''El Señor es Jesús'', sino por el Espíritu Santo»* (1 Cor. 12,3). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Por el bautismo el alma queda convertida en templo del Espíritu Santo...

Biblia: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros...?» (1 Cor. 3,16). ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros? (1 Cor. 6,19). «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba, Padre!» (Gál. 4,6).

El Espíritu Santo es Dios, porque a Él se le atribuyen los atributos y prerrogativas de Dios, pues *«nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios»* (1 Cor. 2,11). Además, porque «mentir al Espíritu santo es mentir a Dios» (Hech. 5,3-4).

El Espíritu Santo que «nos habló por los profetas» nos hace oír la palabra del Padre y nos revela a Cristo, el Verbo encarnado..., y Él el Espíritu de verdad nos conducirá a toda verdad (Jn. 16,13).

La Iglesia nos lleva al conocimiento del Espíritu Santo: en las Escrituras que Él ha inspirado; en la Tradición de la que los Padres son testigos siempre actuales; en el Magisterio de la Iglesia, que Él asiste; en los sacramentos; en la oración... **683-688).**

La Misión conjunta del Hijo y del Espíritu

En la Biblia se nos revela *la unidad de Dios,* o sea, que las tres divinas Personas son una misma cosa en cuanto a su esencia, esto es, en el pensar, en el querer y en el obrar. El Espíritu Santo consubstancial con el Padre y el Hijo es realmente Dios e inseparable de ellos.

Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, cuando Dios envía a su Hijo, envía siempre a su Espíritu: la misión de ambos es conjunta e inseparable.

El nombre y apelativos del Espíritu Santo

El nombre propio de Aquél que adoramos y glorificamos con el Padre y el Hijo es precisamente éste: «Espíritu Santo». Y cuando Jesús anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama «Paráclito», que se traduce habitualmente por «Consolador», siendo Jesús el primer «Consolador» (1 Jn. 2,1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo «Espíritu de Verdad» (Jn. 16,13).

Además del nombre de «Espíritu Santo», el más empleado en los Hechos y en las cartas de San Pablo, encontramos estos apelativos: el «Espíritu de adopción» (Rom. 8,15; Gál. 4,6); «Espíritu de la promesa» (Gál. 3,14); el «Espíritu de Cristo» (Rom. 8,11); el «Espíritu de Dios» (Rom. 8,9.14; 1 Cor. 6,11), etc.

El Espíritu y la Palabra de Dios...

Antes de la venida de Jesucristo al mundo, o sea, en el A.T., su misión juntamente con la del Espíritu del Padre, permaneció *oculta*, pero siempre activa. Esta misión nos fue revelada al comienzo del N.T., o sea, en la llamada «plenitud de los tiempos» (Gál. 4,4).

Este misterio oculto a todos los siglos, nos fue revelado con la venida de Cristo. En el A.T. se hallan las promesas hechas por Dios, y por eso dijo Jesucristo a los judíos: *«Investigad las Escrituras... porque ellas dan testimonio de Mí»* (Jn. 5,39-46).

Espera del Mesías y de su Espíritu

En el A.T. tenemos muchas profecías que se refieren a Jesucristo y se cumplen en Él, por lo que aparece como figura central en ambos Testamentos, y cómo será ungido por el Espíritu del Señor (Is. 11,1-2).

Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva con este pasaje de Isaías, que hace suyo: *«El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva...* (Is. 61,1-2; Lc. 4,18-19).

Estos textos proféticos se refieren al envío del Espíritu Santo, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés (Hech. 2,17-21).

EL ESPÍRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS 24

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

Juan el Bautista, fue lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre (Lc. 1,15.41), y él fue el precursor del Mesías, o

sea, de Jesucristo, pues como tal le anunció el profeta Isaías, ocho siglos antes, quien predijo se presentaría diciendo: *«Preparad los caminos del Señor...»* (Is. 40,3). Él fue modelo de penitencia...

Cuando Jesucristo dijo a sus discípulos: *«Elías ha venido ya, y no le conocieron»...* Entonces entendieron ellos que les hablaba de Juan el Bautista» (Mt. 17-12). Mas cuando el ángel anunció que el Bautista «precedería al Mesías *con el espíritu y poder de Elías,* claramente dio la clave para decir con San Gregorio Magno: «Juan Bautista era Elías en espíritu, pero no en persona». Y de hecho los textos de Malaquías (4,5-6): *«Mandaré a Elías antes del día grande y terrible...»*, y Eclo. 48,9-10: *«Antes del día del Señor...»* y Mt. 17,11 nos ponen de manifiesto que Elías, es el profeta, aún no ha venido».

—Juan el Bautista es más que profeta, es con relación a los profetas del A.T., y lo mismo se diga de la frase «el mayor de los nacidos de mujer».

La superioridad de Juan mira sólo a los profetas del pasado y no se compara a la dignidad de los apóstoles, de San José y mucho menos a la Virgen y a Jesús... Ni se trata de superioridad *en santidad personal*, sino en vocación y misión, pues ninguno en Israel tuvo misión tan alta... **(717-720).**

Alégrate, llena de gracia

La Virgen María, la «siempre Virgen», fue embellecida con toda clase de dones y de gracias, por ser la destinada a ser la Madre de Dios, y obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos. En Ella encontró el Padre la digna *morada* en donde su Hijo y su Espíritu pudieran habitar entre los hombres.

En la Virgen María se manifiestan «las maravillas de Dios»:

1) *El Espíritu Santo preparó* a María con su gracia, porque convenía que fuese «la llena de gracia» la Madre de Aquél en quien *«reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente»* (Col. 2,9), y por lo mismo fue Inmaculada, concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criatu-

ras... Con justa razón el ángel Gabriel la saluda como la «Hija de Sión»: «Alégrate».

2) *El Espíritu Santo realiza* en María el designio benevolente del Padre haciendo que la Virgen conciba y dé a luz al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, y por medio de ella, el Espíritu Santo comienza *a poner en Comunión* a los hombres «objeto del amor benevolente de Dios» (Lc. 2,14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, magos, Simeón, Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la «Mujer» nueva Eva, «madre de los viviente», Madre del «Cristo total» (Jn. 19,25-27)... **(721-727).**

Cristo Jesús

El Hijo de Dios es considerado Cristo (=Mesías) mediante la unción del Espíritu Santo en su Encarnación, y por lo mismo toda Misión del Hijo y del Espíritu Santo, en la plenitud de los tiempos, se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación, y Él, Jesús, es el Cristo, el Mesías.

El Espíritu no es revelado por Jesús plenamente hasta que Él mismo no ha sido glorificado por su muerte y Resurrección... Luego les *promete* la venida del Espíritu Santo a sus apóstoles, y les habla del Espíritu de verdad, el otro Paráclito, que se lo enviará el Padre en su nombre (Jn. 14,16-17.26; 15,26...).

Una vez que resucita de los muertos se lo da a sus apóstoles al darles el poder de personar pecados (Jn. 20,22). A partir de esta hora, la Misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: *«Como el Padre me envió, también Yo os envío»* (Jn. 20,21: Mt. 28,19; etc. **(727-730).**

EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS 25

Pentecostés

¿Cuándo celebramos la Pentecostés cristiana?

La celebramos a los cincuenta días de la Resurrección de Cristo, y en ella recordamos la venida del Espíritu Santo

En los Hechos de los Apóstoles leemos que *«al cumplirse el día de Pentecostés y cuando estaban todos reunidos»*, es decir, los Doce Apóstoles (pues acababa de ser elegido Matías para ocupar el puesto vacío de Judas) con la Virgen María (1,14), se produjo de repente un ruido proveniente del cielo, y era como una teofanía o manifestación de Dios, que nos habla de la presencia del Espíritu Santo, para nosotros inexplicable.

Nota: Lo *visible* de aquella manifestación era *como* un viento fuerte que, *como* unas llamaradas, unas lenguas *como* de fuego..., es decir, algo parecido cuyas lenguas se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, el Don de Dios

«Dios es Amor» (1 Jn. 4,8 y 16), y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor *«Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»* (Rom. 5,5). Si somos heridos por el pecado, el primer afecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados.

Gracias a este poder del Espíritu Santo, los hijos de Dios pueden dar fruto..., el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz... (Gál. 5,22-23). Este amor (la caridad de 1 Cor. 13) es el principio de la vida nueva en Cristo. **(731-736).**

El Espíritu Santo y la Iglesia

La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Esta misión conjunta asocia desde ahora a los fieles de Cristo en su Comunión con el Padre en el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo *prepara* a los hombres, los previene con su gracia, para atraerlos hacia Cristo, y les *manifiesta* al Señor resucitado... El Espíritu Santo que Cristo, Cabeza, derrama sobre sus miembros, construye, anima y santifica a la Iglesia. Ella es el sacramento de la Comunión de la Santísima Trinidad con los hombres.

Es un consuelo saber que *«el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables»* (Rom. 8,26). El Espíritu, artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración... **(733-741).**

CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA 26

La «Constitución dogmática sobre la Iglesia» del Conc. Vaticano II comienza con estas palabras: «Cristo es la luz de los pueblos». Y luego el mismo Concilio nos dice que reunido en el Espíritu Santo, «desea vivamente iluminar a todos los pueblos de la tierra, sin excepción alguna, con esta claridad o luz que es Cristo, anunciando el Evangelio a todas las criaturas» (Mc. 16,15).

La Iglesia en el designio de Dios

—*Los nombres e imágenes de la Iglesia.* La palabra «Iglesia» (en griego *«ekklesia»* significa «reunión, asamblea, convocación», designa asambleas del pueblo en general de carácter religioso (Hech. 19,39). El nombre de «Iglesia» se le dio también a la primera comunidad de los creyentes en Cristo.

En el lenguaje cristiano, la palabra «Iglesia» designa no sólo

la asamblea litúrgica (1 Cor. 11,18), sino también la comunidad local o toda la comunidad universal de los creyentes. Estas tres significaciones son inseparables de hecho. La «Iglesia» es el pueblo de Dios en el mundo entero **(751-752).**

Los símbolos de la Iglesia. Hay imágenes bíblicas o figuras que están tomadas de la vida pastoril, de la agricultura, de la construcción, etc...

1) La Iglesia es un *redil*, cuya única y obligada puerta es Cristo (Jn. 10, 1 s.) y es también un *rebaño*, cuyo Pastor es Cristo... **(748).**

2) La Iglesia es *agricultura* o tierra de labor de Dios (1 Cor. 3,9)...

3) La Iglesia *edificación* de Dios (1 Cor. 3,9). Esta edificación (que se llama también «Casa de Dios»), no se hace con piedras materiales, sino vivas y racionales (1 Ped. 2,5) unidas vitalmente a Cristo, piedra angular o fundamental, que desecharon los constructores (Mt. 21,42)...

4) La Iglesia es *Madre nuestra* (Gál. 4,22-31), Madre fecunda que nos da la fe, y por su medio Dios nos hace hijos suyos... y es la *Inmaculada esposa* a la que Cristo amó y se entregó por ella para santificarla (Ef. 5,25) **(753-757).**

Origen, fundación y misión de la Iglesia

He aquí la obra de Dios Padre. El Padre eterno creó el mundo universo por un designio totalmente libre y misterioso de su sabiduría y de su bondad, y cuando nos vio caídos en el pecado de Adán, no nos abandonó, sino que determinó elevarnos a la participación de la vida divina, ayudándonos a salvar en atención a Cristo Redentor, y así «dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia».

La Iglesia *fue prefigurada* desde el origen del mundo. El Concilio Vaticano II con estas palabras «fue prefigurada» quiere decirnos que la Iglesia no es obra de los hombres, sino que trae su origen de Dios, y el pueblo, que empezó con la elección de Abraham, se continuaría en la Iglesia hasta el fin de los siglos **(759-762).**

La Iglesia, instituida por Cristo Jesús

Jesucristo, el Hijo de Dios, fue enviado por el Padre (Jn. 3,16-17; Gál. 4,4) e inauguró en la tierra el reino de los cielos (su Iglesia) que tuvo su comienzo con la predicación del mismo Cristo (Mc. 1,15)..., o como dice el Concilio Vaticano II: «El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras... Acoger la palabra de Jesús es acoger «el Reino» (LG. 5). Los que creían en su Evangelio y se bautizaban, fueron formando el «nuevo pueblo de Dios, que es la Iglesia» (Mc. 16,16).

¿Cómo empezó Jesús la fundación de la Iglesia?

Jesús reunió discípulos en torno a sí. De ellos eligió a doce apóstoles y nombró a Pedro representante suyo en la tierra.

¿Con qué palabras nombró Jesús a Pedro representante suyo en la tierra?

Jesús dijo a Pedro: Tú eres Pedro (la piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno (las herejías y persecuciones) no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatares en la tierra será desatado en el cielo (Mt. 16,18-19).

¿Con qué palabras nombró Jesús a Pedro Pastor supremo de la Iglesia?

Lo nombró con estas palabras: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas (Jn. 21,15 ss.) (*Ovejas y corderos* representan el rebaño o Iglesia de Cristo y la palabra «apacentar», significa «gobernar»: Hech. 20,28).

La Iglesia continuará hasta el fin del mundo, porque Dios le ha prometido su ayuda (Mt. 28,20). La Iglesia será perseguida, pero nunca vencida.

La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

Después de la fundación de la Iglesia por Jesucristo, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que indefinidamente santificara a la Iglesia (LG. 4), y de esta manera los que creen pudieran acercarse por Cristo al Padre en un mismo Espíritu.

Entonces fue cuando «la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud y se inició la difusión del Evangelio mediante la predicación» (AG. 4).

La Iglesia «sólo llegará a la perfección en la gloria del cielo» (LG. 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, «la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios» (S. Agustín).

El misterio de la Iglesia

La Iglesia, a la vez visible y espiritual

La Iglesia está en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende. Decimos que la Iglesia es *visible y espiritual* para indicar que es una realidad de doble aspecto, o sea, una sociedad concreta donde se une lo humano y lo divino, porque en ella hay su vez *una parte visible y terrena:* los hombres que forman lo externo de esta sociedad con su jerarquía de institución divina: El Papa, los obispos..., y miembros que obedecen o profesan la misma fe, y otra parte *invisible y espiritual:* la gracia, los sacramentos y los poderes espirituales.

La Iglesia es una comunidad de fe, de esperanza y de caridad, *comunidad de vida divina,* que se mantiene con una *trabazón visible* vivificada por el Espíritu Santo en Cristo **(770-771).**

—*La Iglesia es misterio* de la unión de los hombres con Dios, es decir, es una realidad divina u obra por medio de la cual Dios quiere salvar a todos los hombres, obra que se manifiesta y revela de manera «visible», y a la que Dios ha asegurado su presencia y actuación; pero como obra de Dios que tiene algo *invisible y oculto*, por eso decimos que es un misterio **(772-773).**

La Iglesia, sacramento universal de salvación

La palabra «sacramento» en sentido estricto sólo puede aplicarse a los siete sacramentos de la Iglesia instituidos por Jesucristo; pero se le aplica en sentido amplio a la Iglesia en cuanto que es señal o instrumento de salvación, ya que en ella y mediante ella los hombres se unen con Dios en Cristo que nos confiere la gracia de unión y de reconciliación a la que debemos tender todos los hombres «unidos hoy más estrechamente con diversos lazos sociales, técnicos y culturales».

En consecuencia: La Iglesia es «sacramento» o instrumento de Cristo para realizar la unión de todos los hombres con Dios y entre sí **(774-776).**

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS... 27

La Iglesia es el pueblo de Dios. Dios quiere salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituyendo un pueblo que le conozca en la verdad y le sirva santamente. La Iglesia es ante todo *una comunidad, un pueblo*, que sucede en el tiempo al pueblo de Israel, al que supera en perfección.

Dios elige primeramente a Israel como pueblo suyo con quien estableció una alianza, mas como ésta fuese violada por su culpa, los profetas anuncian otra *nueva alianza* de la que un día participarán judíos y gentiles (LG. 9) **(781).**

Características del Pueblo de Dios

Este pueblo se distingue de los demás: 1) Por ser *un pueblo escogido* por Dios para que sea santo (1 Ped. 2,9); 2) Unos llegarán a ser *miembros* de este pueblo por la fe y el bautismo (Jn. 3,3-5); 3) Tiene a Cristo por *Cabeza* o Jefe, que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación (Rom. 4,25).

4) *La ley* de este pueblo es el mandato nuevo del amor (Jn. 13,34); 5) Su *misión* es ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt. 5,13-18). 6) Su *destino* es el *Reino de Dios*, que Él mismo comenzó en este mundo... (LG. 9). **(782).**

Un pueblo sacerdotal, profético y real

—La Iglesia es *un pueblo sacerdotal,* porque los fieles que lo forman participan del sacerdocio de Cristo por el carácter que les imprime el bautismo.

Clases de sacerdocio: Hay dos clases, el *común,* el que reciben los fieles por el sacramento del bautismo, que los incorpora a Cristo, y el *ministerial o jerárquico*, que reciben sólo algunos de los fieles por medio del sacramento del Orden, que les confiere una *potestad sagrada* de poder *efectuar* (no sólo ofrecer) el sacrificio eucarístico, y el poder de perdonar los pecados, lo que no puede hacer el sacerdocio común.

—La Iglesia es también *un pueblo profético*, porque participa del don de proponer o comunicar a otros con palabra las enseñanzas de Dios. **(783-787).**

—La Iglesia o Pueblo de Dios participa a su vez de la potestad *regia* de Cristo, viviendo conforme a la vocación de servir con Cristo. Para el cristiano «servir es reinar» (LG. 36).

La Iglesia, cuerpo de Cristo

¿Cómo describir mejor el concepto de Iglesia?

Pío XII dijo que la mejor manera de exponer el concepto de Iglesia, lo era con esta expresión: «Cuerpo místico de Cristo», que es la doctrina de San Pablo.

Biblia: Como el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, mas todos sus miembros, siendo muchos, no son más que un solo cuerpo, así también Cristo (o sea su Iglesia, prolongación de Cristo) (1 Cor. 12,12).

—A este propósito dice S. J. Crisóstomo: «Como la cabeza y el cuerpo son un solo hombre, así la Iglesia y Cristo son uno...».

¿Qué entendemos por el «Cristo total»?

El «Cristo total» es Cristo y su Iglesia, o sea, Cristo *Cabeza* y nosotros *sus miembros*.

¿Cuáles son los dos grandes sacramentos de la unidad cristiana?

Los dos grandes sacramentos de la unidad cristiana son el Bautismo y la Eucaristía. Por el bautismo nos sumergimos en el Cristo total, y por la Eucaristía tenemos una unión misteriosa y real con Cristo.

Biblia: «Todos los bautizados en Cristo... somos uno en Cristo Jesús» (Gál. 3,27-28). «Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él» (Jn. 6,56). «Permaneced en Mí, como Yo en vosotros... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn. 15,4-5).

La Iglesia, templo del Espíritu Santo

El Espíritu que anima a los miembros de la Iglesia es el mismo Espíritu de Cristo o Espíritu Santo, cuya acción consiste en *vivificar, unir y mover,* pues, como dice San Agustín, lo que es el alma al cuerpo del hombre, es el Espíritu Santo al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Él es el lazo de unión de todos los cristianos.

¿Qué entendemos por Carismas?

Los «carismas» son gracias del Espíritu Santo, que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo (796-801).

LA IGLESIA ES UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA 28

En el «Credo» confesamos que la Iglesia es «una, santa, católica y apostólica»)LG. 8). Cristo la fundó y la entregó a Pedro para que la apacentara (Jn. 21,17), confiriéndole a él y a los demás apóstoles su difusión y gobierno (Mt. 18,20).

¿Por qué decimos que la Iglesia es una y única?

La Iglesia es una y única, porque Cristo nuestro único Redentor así lo quiso, pues al fundarla habló en singular: «Sobre esta piedra edificaré *mi Iglesia*» Mt. 16,18), **y quiso que fuera una en la fe, en el régimen y en los sacramentos, y porque los cristianos constituyen *un solo Cuerpo*, o sea una sociedad visible, animada por un solo Espíritu** (Ef. 4,3-6).

Nota: Las heridas de la unidad. En la Iglesia ha habido escisiones o divisiones. El Concilio Vaticano II al decir: «Comunidades no pequeñas», se refiere sin duda a la definitiva en el siglo XI de las iglesias orientales y ortodoxas, y a la de varias iglesias de Europa, reconocidas con el nombre de «protestantismo». Tales rupturas que lesionan la unidad del Cuerpo de Cristo (se distingue la herejía, la apostasía y el cisma), no se producen sin el pecado de los hombres.

El Concilio reconoce que hubo culpabilidad por ambas partes, pero los cristianos no católicos, o sea, los que ahora nacen en esas comunidades no pueden ser considerados culpables de tal pecado de separación, y lo que tenemos que hacer todos es caminar hacia la unidad, entablando diálogo, partiendo de lo que nos une, y orar «para que todos sean uno», como dijo Jesucristo (Jn. 17,21) **(817-822).**

¿Por qué la Iglesia es santa?

La Iglesia es santa, porque Cristo, su Fundador es santo y santa su doctrina, y santos los sacramentos, que confieren la gracia, para que seamos nosotros santos, y porque el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, la vivifica y santifica... y quienes necesitan purificación son sus miembros pecadores (823-829).

¿Por qué la Iglesia es católica?

La Iglesia es católica, porque Cristo quiso que fuese universal y llegara a todos los pueblos (Mt. 18,19), **y por estar destinada a salvar a todos: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura...** (Mc. 16,15-16). **Ella es por su naturaleza *misionera...***

La Iglesia es católica en doble sentido:

1) Es católica porque Cristo está presente en ella. «Allí donde está Cristo Jesús, está la Iglesia católica» (S. Ignacio de Antioquía). En ella subsiste la plenitud del Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza (Ef. 1,22-23), lo que implica que ella recibe de El «la plenitud de los medios de salvación» (AG. 6) que Él ha querido: confesión de fe recta y completa, vida sacramental íntegra y ministerio ordenado en la sucesión apostólica. La Iglesia que es una y única ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos.

2) Es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (Mt. 28, 19) **(830-831)**. Y también «porque anuncia la totalidad de la fe; lleva en sí y administra la plenitud de los medios de salvación; es enviada a todos los pueblos, se dirige a todos los hombres; abarca todos los tiempos, «es por su propia naturaleza, misionera» (G.2) **(868).**

Cada una de las Iglesias particulares, cada diócesis, es «católica» por la comunión que guardan con la Iglesia de Roma, que «preside en caridad», y está regida por el Papa, el obispo de Roma y Vicario de Cristo en la tierra **(832-835)**.

Veamos ahora quién pertenece a la Iglesia Católica o qué condiciones se requieren para ser católico práctico.

¿Qué se necesita para ser católico práctico ?

Se necesitan tres condiciones: 1.ª Estar bautizado; 2.ª Creer en Jesucristo y su doctrina, y 3.ª Obedecer al Papa.

Los que cumplen estas tres condiciones están incorporados *plenamente* a la Iglesia de Cristo. Los *cristianos no católicos,* que se hallan bautizados como los ortodoxos orientales, los protestantes y anglicanos, no pertenecen a la Iglesia plenamente y su incorporación es *imperfecta,* por no obedecer al Papa. Los *no cristianos,* como son los judíos y musulmanes y cuantos no están bautizados, ni recibieron el Evangelio no carecen de toda relación con la Iglesia o Pueblo de Dios por creer en

Dios creador..., y hasta los hombres *paganos y ateos* por estar todos llamados a la salvación.

«Fuera de la Iglesia no hay salvación»

El Concilio basado en la Escritura y en la Tradición enseña que esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación... y no podrán salvarse los que, sabiendo que Dios fundó, por medio de Jesucristo, la Iglesia católica como necesaria para la salvación, sin embargo, no hubiesen querido entrar o perseverar en ella» (LG. 14).

El mismo Concilio dice: «Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna» (LG. 16). Por eso el deber de la Iglesia es evangelizar **(846-847)**.

¿Por qué la Iglesia es apostólica ?

Es apostólica porque tiene su origen en los apóstoles, a los que Cristo entregó su misión: «Como me envió mi Padre, así os envío Yo a vosotros: Id, enseñad a todas las gentes...». Y después de su Resurrección le entregó la Iglesia a Pedro para que la apacentara como Pastor supremo (Jn. 21,17).

La Iglesia permanece ahora a través de los siglos gobernada por el Papa y los obispos legítimos sucesores de Pedro y de los apóstoles, a los que Cristo confió su difusión, su gobierno y su asistencia hasta el fin del mundo (Mt. 28,19-20). Cristo así lo dejó dicho: *«Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra»* (Hech. 1,8).

El sucesor, pues, de Pedro, es el Papa, y los sucesores de los apóstoles son los obispos. Desde Pedro, primer Papa hasta Juan Pablo II ha habido 264 Papas sin interrupción **(857-865)**.

Nota: Sólo la Iglesia Católica es *apostólica.* Ninguna de las sectas existentes puede trazarnos su genealogía desde los apóstoles.

LA JERARQUÍA DE LA IGLESIA 29

¿Qué es la Jerarquía?

La Jerarquía (que equivale a «autoridad sagrada») es el conjunto de dignidades o autoridades ordenadas según su grado: Papa, obispos, presbíteros y diáconos.

Jesucristo, para apacentar y acrecentar continuamente al Pueblo de Dios, *instituyó diversos ministerios jerárquicos* y los ordenó al servicio de todo el Cuerpo de la Iglesia, a fin de que todos cuantos son miembros del Pueblo de Dios lleguen a la salvación. **(874).**

El Colegio episcopal y su Cabeza, el Papa

Cristo eligió a doce apóstoles y los fundó «a modo de colegio», es decir, de «grupo estable», poniendo sobre ellos a Pedro como Cabeza, y del mismo modo se unen entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los obispos sucesores de los apóstoles.

¿Qué hizo el Señor de Pedro?

El Señor hizo de Pedro la piedra de su Iglesia, o sea, el fundamento visible de la misma. A él le entregó las llaves del Reino de los cielos (Mt. 16,18-19) **y lo instituyó pastor de todo el rebaño** (Jn. 21,15-17).

¿Qué potestad tiene ahora el Papa, como sucesor de Pedro?

«El Pontífice Romano tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad» (LG. 22; CD. 2:9)

Notemos que *«el Colegio o cuerpo episcopal»* no tiene autoridad si no se le considera incluido el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como Cabeza del mismo.

La misión de enseñar

Los obispos con los presbíteros, sus colaboradores, «tienen como primer deber el anunciar a todos el Evangelio de Dios» (PO. 4), según la orden del Señor (Mc. 16,15). Ellos son los maestros auténticos. Y ¿quiénes gozan de infalibilidad, es decir, no se podrán equivocar alguna vez?

¿Es infalible el Papa? **El Papa es infalible cuando enseña «ex catedra», es decir, cuando proclama como definitiva una doctrina de la fe y costumbres y habla en calidad de Maestro supremo de la Iglesia universal.**

La razón de esta infalibilidad es porque Cristo hizo a San Pedro fundador de toda su Iglesia para darle unidad y solidez, y prometió además a su Iglesia una duración imperecedera (Mt. 16,18-19; 28,20).

Nota: Por lo que hace a los obispos, aunque cada uno de ellos por sí no posea la prerrogativa de la infalibilidad, sin embargo, cuando todos ellos convienen en anunciar como definitiva una doctrina de fe y costumbres, entonces la posee, y no sólo cuando están reunidos en Concilio ecuménico, sino también cuando están dispersos por el orbe, siempre que mantengan el vínculo de comunión entre sí y con el Romano Pontífice.

La misión de santificar

El obispo es «el administrador de la gracia del sumo sacerdocio» (LG. 26), en particular en la Eucaristía que él mismo ofrece, o cuya oblación asegura por medio de los presbíteros sus colaboradores. Porque la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia particular.

El obispo y los presbíteros santifica la Iglesia con su oración y su trabajo por medio del ministerio de la palabra y de los sacramentos y también con su ejemplo **(893)**.

La misión de gobernar

«Los obispos como vicarios y legados de Cristo, gobiernan las iglesias particulares que se les han confiado no sólo con sus proyectos, con sus consejos y con ejemplos, sino también con su autoridad y potestad sagrada (LG. 27).

«Esta potestad que desempeñan personalmente en nombre de Cristo, es propia, ordinaria e inmediata, mas su ejercicio está regulado en último término por la suprema autoridad de la Iglesia» (LG. 27), y esta autoridad debe ejercerse en comunión con toda la Iglesia bajo la guía del Papa **(894-895)**.

LOS FIELES LAICOS 30

¿Qué entendemos por «laicos»?

Laicos o seglares son todos los fieles cristianos —que no son clérigos ni religiosos— y ejercen la misión del Pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo.

Notemos que el seglar se distingue específicamente del sacerdote y del religioso, en que es un cristiano en el mundo, un cristiano que intenta amar y servir a Dios estando plenamente en el mundo. Pero al mismo tiempo está en la Iglesia en cuanto está incorporado a Cristo por el bautismo y es un miembro del Pueblo de Dios.

Lo específico del seglar es la «Secularidad», o sea, su presencia en el mundo, afanado en los asuntos temporales dentro de las estructuras mundanas: familia, profesión, sociedad, etc.

A los laicos por propia vocación pertenece buscar el Reino de Dios, tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales, actuar como levadura o fermento de santificación y ser verdaderos apóstoles del bien (este apostolado es una exigencia de estos dos sacramentos: el bautismo y la confirmación) **(898-900)**.

Participación en la triple misión de Cristo

1) *Misión sacerdotal.* El laico puede convertir su vida en culto al Señor si todas las cosas las hace con gran espíritu de fe y deseo de agradar y dar gloria a Dios, pues «todas las obras, oraciones y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en hostias espirituales y aceptables a Dios por Jesucristo (1 Ped. 2,5; Rom. 12,1).

Los laicos están llamados a consagrar el mundo sin mundanizarse. La consagración del mundo a Dios exige en darle a todas las cosas un sello cristiano... **(901-903).**

2) *Misión profética.* Los laicos realizarán su misión profética en la comunidad de vida, mostrando al mundo lo que es el Evangelio, predicándolo ante todo con el ejemplo y después con las palabras... **(904-907).**

3) *Misión real.* La misión real del laico consiste en reconocer a Cristo como Rey... y participará de la potestad regia de Cristo mientras no sea esclavo del pecado y viva en íntima unión con Él por la gracia, porque entonces, libre de todo pecado gozará de la verdadera libertad de los hijos de Dios...

Los laicos están llamados a ser «testigos de Cristo» en todas partes y ser ejemplares en su vida de abnegación y santidad. **(908-913).**

LA VIDA CONSAGRADA 31

¿En qué se caracteriza la vida consagrada a Dios?

La vida consagrada a Dios se caracteriza por la profesión pública de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia en un estado de vida estable reconocido por la Iglesia.

La vida consagrada a Dios es como un gran árbol del que surgen múltiples ramas, es como una semilla puesta por Dios de

la que crecen diversas formas de vida, solitaria o comunitaria y diversas familias religiosas...

—*Los ermitaños,* sin profesar siempre públicamente los tres consejos evangélicos, con su apartamiento más estricto del mundo, dedican su vida a la alabanza de Dios y salvación del mundo.

—*Las vírgenes consagradas,* que han sido muchas desde los tiempos apostólicos, han tomado la decisión de vivir en estado de virginidad *«por el reino de los cielos»* (Mt. 19,12) **(914-924).**

La vida religiosa

¿Quiénes son los «religiosos»?

Los religiosos son aquellas personas que se entregan totalmente al culto o servicio de Dios, y se unen de un modo más estable e íntimo a Él por los votos, en cuanto que por estos se obligan a observar de un modo fiel y constante los consejos evangélicos: castidad, pobreza y obediencia.

Los característico del estado religioso es *la vida comunitaria consagrada a Dios con su estatuto mediante los tres votos dichos...*

¿Cuál es la finalidad de los consejos evangélicos?

La finalidad de los consejos evangélicos es hacernos más semejantes a Cristo casto, humilde, pobre y obediente; es «el reino de los cielos», o sea, una mayor entrega al servicio de Dios.

Nota:

1) *Por el voto de castidad,* voluntariamente se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios y consagrarse sólo a Él con corazón no dividido... «por amor al reino de los cielos».

2) *Por el voto de pobreza,* renuncia al apego de los bienes terrenos para seguir a Cristo con mayor perfección...

3) *Por el voto de obediencia* renuncia a hacer su propia voluntad, viendo en el superior al representante de Dios...

—La regla suprema de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio.

Los institutos seculares

¿Qué es un «instituto secular»?

«Es un instituto de vida consagrada en el cual los fieles, viviendo en el mundo, aspiran a la perfección de la caridad, y se dedican a procurar la santificación del mundo sobre todo desde dentro de él» (CIC. 710).

Los institutos seculares tienen como fin «vivir la vida consagrada en medio del mundo», y sus miembros participan en la tarea de evangelización de la Iglesia «en el mundo y desde el mundo», donde su presencia obra a manera de levadura... **(928-929).**

—Todos los que reciben el bautismo quedan consagrados a Dios y dedicados al servicio de la Iglesia, y de un modo especial los que profesan los consejos evangélicos «están obligados a la tarea misionera, según el modo propio de su instituto».

Como el Pueblo de Dios no tiene aquí una ciudad permanente, sino que busca la futura, por eso el estado religioso... manifiesta también mucho mejor a todos los creyentes los bienes del cielo, ya presente en este mundo (LG. 44) **(931-933).**

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS 32

¿Qué entendemos por «comunión de los santos?

Por la «comunión de los santos» entendemos la unión mística o espiritual que existe entre los fieles de la tierra, las almas del Purgatorio y los santos del cielo.

Todos ellos forman una grande y santa comunión; pues to-

dos están unidos con Cristo y entre sí formando un cuerpo y participan de los mismos bienes espirituales. *Esta unión espiritual* consiste en que siendo todos como miembros de un solo Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, los unos tenemos parte en las buenas obras —oraciones y sacrificios— de los otros.

Los miembros de esta unión se llaman «santos» por estar santificados por el bautismo, por estar todos llamados a la santidad y por participar de la vida divina.

«Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo ya que Él es la Cabeza... Así el bien de Cristo es comunicado a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia» (Santo Tomás) **(946-953).**

La comunión de los bienes espirituales

En la comunidad primitiva de Jerusalén, los discípulos *«acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones»* (Hech. 2,48).

—*La comunión de la fe.* La fe de los fieles es la fe de la Iglesia recibida de los apóstoles, tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte.

—*La comunión de los sacramentos.* Su fruto pertenece a todos, pues son otros tantos vínculos sagrados que unen a todos y los ligan con Cristo.

—*La comunión de carismas.* En la comunión de la Iglesia, el Espíritu Santo reparte gracias especiales entre los fieles para edificación de la Iglesia».

—*«Todo lo tenían en común»* (Hech. 4,32). Ante este ejemplo de los primeros cristianos, por ser cada uno de nosotros «administrador de los bienes del Señor», debemos estar dispuestos a atender con nuestros bienes a los necesitados y ponerlos al bien de los demás, atendidas las necesidades personales.

La comunión entre las tres Iglesias

La Iglesia peregrinante, purgante y celeste. El Concilio Vaticano II nos dice: *«Hasta que el Señor venga revestido de majestad...»* (Mt. 25,31); algunos de sus discípulos «peregrinan en la tierra»; otros ya difuntos «se purificarán», mientras otros son «glorificados», contemplando «claramente al mismo Dios, Uno y Trino, tal cual es», formando todos una sola Iglesia (Ef. 4,16).

—*La Iglesia celeste* está formada por los que están ya en el cielo, y por estar más íntimamente unidos a cristo, no dejan de interceder por nosotros ante el Padre.

—*La Iglesia peregrinante,* compuesta por los fieles que viven en la tierra, en la santa Misa ruega por los constituidos en autoridad y por todos los fieles, y después recuerda a los santos del cielo e implora su protección y auxilio, y finalmente ruega por los difuntos... y *la Iglesia purgante* o paciente es la formada por las almas del Purgatorio... **(954-959).**

MARÍA, MADRE DE CRISTO, MADRE DE LA IGLESIA 33

¿Cómo se la reconoce y es venerada la Virgen María?

La Virgen María es reconocida y venerada como Madre de Dios por ser Madre de Cristo, nuestro Redentor (que es verdadero Dios y verdadero hombre), y también como «Madre de la Iglesia».

La Virgen, después de Cristo, su Hijo, ocupa el primer lugar en la Iglesia, y con toda razón es proclamada «Madre de la Iglesia», porque siendo Madre de Cristo Redentor, Cabeza del Cuerpo místico, que es la Iglesia, lo es también de nosotros que somos sus miembros.

La Virgen aparece unida totalmente a su Hijo

«Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte» (LG. 57), y se manifiesta particularmente en la ahora de la Pasión, cuando agonizando en la cruz, la dio como Madre al discípulo con estas palabras: *«Mujer, ahí tienes a tu hijo»* (Jn. 19,26-27) (LG. 58).

—*Después de la Ascensión de su Hijo,* María «estuvo presente en los comienzos de la Iglesia con sus oraciones» (LG. 69) y cuando estuvo reunida con los apóstoles en el Cenáculo esperando el don del Espíritu Santo... **(963).**

La Asunción de María

La Santísima Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo, en donde ella participa ya en la gloria de la Resurrección de su Hijo, anticipando la resurrección de todos los miembros de su Cuerpo. (Pío XII definió este dogma en 1950) **(963-966).**

Con su Asunción a los cielos, la Virgen no abandonó su misión salvadora sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna... (LG. 62) **(966).**

La Virgen es nuestra Madre

¿Por qué decimos que la Virgen es Madre nuestra?

La Virgen María es Madre nuestra, porque al ser ella Madre de Cristo, Cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros formamos un solo cuerpo (Rom. 12,4-5; 1 Cor. 12,12).

Notemos que la Virgen es Madre nuestra «en el orden de la gracia» (LG. 61), por haber cooperado con Jesús en la «restauración de la vida sobrenatural en las almas». La maternidad di-

vina de María para con nosotros es *espiritual*, es decir, no tiene relación con la vida de nuestro cuerpo, que no hemos recibido de Ella como lo recibió Jesús, sino con la vida sobrenatural de nuestra alma.

La misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de cristo, sino que manifiesta su eficacia... (LG. 60). Ella es Mediadora ente el Mediador... **(967-970).**

El culto a la Santísima Virgen

La Iglesia tributa a la Virgen María un culto especial por ser la Madre de Dios. El Concilio nos lo dice así: «María, que por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y hombres en cuanto que Ella es la Madre de Dios..., con razón es honrada con *especial culto por la Iglesia...*» (LG. 66).

El culto a la Virgen, no es de «adoración», que sólo a Dios es debido, sino de *veneración* por la sublime prerrogativa de su maternidad divina. *Venerar* es lo mismo que rendir honor, cosa que hacemos también a los santos, por reconocerlos amigos de Dios y glorificados por Él en el cielo.

El fundamento del culto a la Virgen, lo tenemos en estos textos:

Biblia: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo... Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc. 1,26-42). «Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones...» (Lc. 1,28-42 y 48).

Tanto el culto de la Virgen como el de los santos «es justo y saludable», y «el honor que tributamos a sus imágenes va dirigida a la Virgen y a los santos que ellas representan» (Con. Trento).

La Biblia no prohíbe hacer imágenes (Ex. 20,4-5). Lo que prohíbe es hacerlas «para adorarlas», como si fueran dioses. Dios quería evitar la idolatría, como la adoración del becerro de oro.

Entre las devociones recomendadas por el Concilio Vaticano II en honor a la Virgen está el rezo del Santo Rosario, al que llamó Pablo VI: «compendio de todo el Evangelio». **(971-972).**

Cristo, después de su Resurrección, al dar el Espíritu Santo a sus apóstoles, les confirió su propio poder de perdonar los pecados.

¿Con qué palabras confirió Jesús el poder de perdonar los pecados? **Con éstas: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retuviereis, les quedan retenidos»** (Jn. 20,23).

Nota: Del perdón de los pecados por los sacramentos, se tratará explícitamente en la segunda parte del Catecismo. Aquí sólo daremos estos datos básicos.

—*El bautismo* es el primero y principal de los sacramentos y por él se nos quita el pecado original y todos los actuales que tuviera el que se bautiza. Jesucristo dio este mandato a sus apóstoles: *«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyese y se bautizase, se salvará»* (Mc. 16,15-16).

—*Por el sacramento de la penitencia* se perdonan todos los pecados cometidos después del bautismo.

En virtud del «poder de las llaves», no hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar: «No hay nadie, tan perverso y tan culpable, que no deba esperar con confianza su perdón siempre que su arrepentimiento sea sincero» **(976-983).**

CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

¿Qué entendemos por «resurrección»? **Resurrección es lo mismo que «vuelta a la Vida» o a la unión del cuerpo y el alma, que antes fueron separados por la muerte**

Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo

modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que Él los resucitará en el último día (Jn. 6,39-40) **(989).**

¿Cómo hemos de resucitar? Sabemos que Cristo resucitó con su propio cuerpo (Lc. 24,39); pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en Él «todos resucitarán con su propio cuerpo que tienen ahora» (Concilio Letrán IV), pero este cuerpo será «transfigurado en cuerpo de gloria» (Fil. 3,21), «en el cuerpo espiritual» (1 Cor. 15,44) **(999).**

Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe cristiana. «La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella» (Tertuliano) **(991).**

¿Qué dice Jesucristo sobre la resurrección de los muertos?

Jesucristo dice: «Llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal para la resurrección del juicio» (Jn. 5,28-29).

En nuestro «Credo» decimos: «Creo en la resurrección de la carne», y la llamamos «resurrección de la carne o de los muertos», para indicar que es el cuerpo el que resucita, no el alma. Nuestra resurrección es una consecuencia de la resurrección de Cristo (1 Cor. 15,12-14.20).

Revelación progresiva de la Resurrección

En el A.T. leemos que Dios es el que *«da la muerte y da la vida, hace bajar al sepulcro y subir de él»* (1 Sam. 2,6), y tenemos ejemplos de resurrección de muertos obrados por los profetas Elías y Eliseo (1 Rey. 17-23; 2 Rey. 4,33). Los mártires Macabeos vivían con la esperanza de la resurrección: *«Dios nos resucitará a una vida eterna»* (2 Mac. 7,9).

En el N.T. vemos que Jesucristo resucitó a varios muertos, y a los saduceos que no creían en la resurrección, después de hablarles de Abraham, Isaac y Jacob, que habían muerto, les dice: *«Dios no es Dios de muertos, sino de vivos»,* y por lo tanto siguen viviendo, sus almas son inmortales (Mc. 12,18-27).

La resurrección de los muertos

«¿Qué es resucitar? En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado» **(997).**

Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible, uniéndolos a nuestras almas. Todos los hombres que han muerto resucitarán (Jn. 5,29), y «todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora (Con. IV Letrán). *«Este ser mortal se revestirá de inmortalidad»* (1 Cor . 15,54)... y todos resucitarán en el «último día» (Jn. 6,39), «al fin del mundo» (LG. 48).

Resucitados con Cristo

Es cierto que Jesucristo nos resucitará «en el último día, pero también lo es que en cierto modo los bautizados ya hemos resucitado con Cristo, pues todos los que han sido sepultados en el bautismo, al salir del agua (una vez dejado en ella al hombre viejo de pecado) limpios de pecado, quedan resucitados a la vida de la gracia.

Esta vida *«permanece escondida con Cristo en Dios»* (Col. 3,3), y alimentados en la Eucaristía con su cuerpo, nosotros ya pertenecemos al Cuerpo de Cristo, y cuando resucitemos en el último día también nos *«manifestaremos a Él llenos de gloria»* (Col. 3,4) **(997-1004).**

LOS NOVÍSIMOS | 35

Los Novísimos *son las «postrimerías» o «lo último» que Dios asigna a cada ser humano.*

Muerte, juicio, infierno y gloria,
ten cristiano en tu memoria.
«Acuérdate de tus postrimerías y
no pecarás jamás» (Eclo. 7,40).

La muerte es común a todos los hombres y es el final de la vida terrena. Es una consecuencia del pecado original (Rom. 5,12). Consiste en la separación del alma y del cuerpo.

En el curso del tiempo vamos cambiando, envejeciendo y como e todos los seres vivos de la tierra al final aparece la muerte como terminación normal de la vida. Esto debe hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado, y hemos de pensar en el más allá. **(1006-1007).**

Biblia: «El tiempo es breve... el aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7,29 y 31). «Acuérdate de tu Hacedor en los días de tu juventud... antes que el polvo (cuerpo) vuelva a la tierra de que fue formado, y el espíritu (el alma) vuelva a Dios que le dio el ser» (Ecl. 12,1.7). «Dios creó al hombre para la inmortalidad...» (Sab. 2,23).

¿Cómo entró la muerte en el mundo?

«Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado» en Adán (Rom. 5,12).

La muerte fue transformada por Cristo. Él, el Hijo de Dios, sufrió deliberadamente la muerte por nosotros en una sumisión total y libre a la voluntad de Dios su Padre. Por su muerte venció a la muerte, abriendo así a todos los hombres la posibilidad de la salvación.

El sentido de la muerte cristiana

La muerte cristiana tiene un sentido positivo, gracias a Cris-

to, y el ejemplo de los santos nos anima a vivir con la esperanza y el deseo de la vida bienaventurada y eterna.

Biblia: «No estéis tristes como los que no tienen esperanza» del más allá (1 Tes. 4,13). «Para mí —decía San Pablo—, la vida es Cristo y morir una ganancia... Deseo partir (de este mundo) y estar con Cristo» (Fil. 1,21-23). «Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con Él» (2 Tim. 2,11).

La liturgia de la Iglesia se expresa así: «La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

Los Santos: Santa Teresa de Jesús: «Yo quiero ver a Dios, y para verlo es necesario morir». *Santa Teresa del Niño Jesús:* «Yo no muero, entro en la vida». *San Ignacio de Antioquía:* «Mi deseo terreno ha desaparecido...; hay en mi un agua que murmura y que dice desde dentro de mí: ''Ven al Padre''»...

La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre... Cuando ha tenido fin «el único curso de nuestra vida terrena» (LG. 48), ya no volvemos a otras vidas terrenas. *«Está establecido que los hombres mueran una sola vez»* (Heb. 9,27). No hay «reencarnación» después de la muerte **(1010-1014).**

La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de la muerte, a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros «en la hora de nuestra muerte», y a confiarnos a San José, patrono de la buena muerte.

Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichoso los que cumplen la voluntad de Dios!
(S. Francisco de Asís)

¿Qué nos dice Jesucristo de la vida eterna? **Jesucristo nos habla con frecuencia de ella y nos dice así: «Los justos irán a la vida eterna»** (Mt. 25,46). **Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»** (Mt. 19,17).

—La Iglesia, al cristiano moribundo, al entrar en la agonía, le dice: «Sal de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios todopoderoso que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció, etc.».

Así se dispone mejor el alma para el paso de la muerte a la vida eterna, para su encuentro con Cristo en aquélla donde ya no hay dolor, ni lágrimas, sino vida eterna. **(1020).**

El juicio particular

¿Cuándo tendrá lugar el juicio particular? **El juicio particular tendrá lugar después de la muerte: «Está establecido morir una sola vez, y después de esto el juicio»** (Heb. 9,27).

San Pablo se expresa así: *«Antes de reinar con Cristo glorioso,todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta cada uno de las obras buenas o malas que haya hecho en su vida mortal»* (2 Cor. 5,10) (LG. 48). En el juicio, pues, Dios premiará o castigará a cada uno según sus obras **(1021-1022).**

El cielo

¿Cuál es la doctrina de la Iglesia sobre el cielo? **Es ésta: «Los que mueren en la gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre en el cie-**

lo con Cristo. Allí serán para siempre semejantes a Dios, porque le verán ''tal cual es'' (1 Jn. 3,2), **''cara a cara''»** (1 Cor. 13,12).

¿Cuál es la felicidad del cielo?

La felicidad del cielo es indescriptible, pues por estar con Dios, sumo Bien, gozarán de todo bien posible, y como dice San Pablo: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, es lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor. 2,9).

Vivir en el cielo es «estar con Cristo» (Jn. 14,3; Fil. 1,23; 1 Tes. 4,17), estar en comunión de vida y amor con la Santísima Trinidad, con la Virgen María, los ángeles y todos los santos... El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha **(1023-1029).**

El Purgatorio o purificación final

¿Cuál es la doctrina de la Iglesia sobre el Purgatorio?

Es ésta: «Los que mueren en la gracia y la amistad con Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo».

La Iglesia llama «Purgatorio» a esta purificación final de los elegidos, que es completamente distinta del castigo de los condenados. (En los Concilios de Florencia y de Trento, puede verse la doctrina sobre el Purgatorio).

Esta enseñanza se apoya también en la práctica de la oración por los difuntos, de la que ya habla la Escritura: «Por eso mandó (Judas Macabeo) hacer este sacrificio expiatorio en fa-

vor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado» (2 Mac. 12,46). Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado a los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico, para que una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios **(1030-1032).**

EL INFIERNO 37

La existencia del infierno es un dogma de fe, claramente revelado muchas veces en la Biblia.

¿Qué entendemos por el infierno? **El infierno es un lugar de tormentos eternos donde van las almas de los que mueren en pecado mortal. El mayor tormento es la separación de Dios.**

Los condenados en el infierno sufren la privación eterna de Dios, que se llama «pena de daño», y el fuego eterno que se llama «pena de sentido».

En la Biblia se nos dice que el infierno es «un lugar de tormentos» (Lc. 16,28), el «eterno suplicio» (Mt. 25,46), «fuego inextinguible» (Mc. 9,44), «tinieblas exteriores, donde será el llanto y rechinar de dientes» (o sea, lugar de desesperación) (Mt. 8,12).

Jesucristo dirá a los réprobos: *«Apartaos de Mí malditos, al fuego eterno... y estos irán al suplicio eterno»* (Mt. 25,41-46).

Morir en pecado mortal, sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección... y esto es ya «infierno».

Muchos suelen decir: Dios es misericordioso y no puede castigar con un infierno eterno. La fe nos enseña que, ciertamente, es infinitamente misericordioso, pues vino a salvar a los pecadores; pero también es infinitamente justo.

Todos hemos de esperar en la misericordia de Dios. Él no

predestina a nadie al infierno, y por eso nos llama a la conversión; pero si uno rechaza hasta el último momento el amor y la misericordia divina y muere en pecado mortal, ¿quién es el culpable de romper la amistad con Dios y de separarse de Él para siempre? Esta separación es ya el infierno eterno. **(1033).**

El juicio final

Al fin del mundo habrá un *juicio universal.* Cristo vendrá «para juzgar a vivos y muertos». La resurrección de todos los muertos, «de los justos y de los pecadores», precederá al *juicio final.*

Biblia: «Llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación» (Jn. 5,28-29).

Entonces Cristo «vendrá en su gloria acompañado de todos sus ángeles ...serán congregados delante de Él todas las naciones, y Él separará a unos de otros... e irán (los que han hecho el mal) a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna» (Mt. 25,31-32.46).

El mensaje del juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía «el tiempo favorable, el tiempo de salvación» (2 Cor. 6,2). Y el juicio del Señor será principalmente sobre las obras de amor que hayamos realizado: *«Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino... porque tuve hambre y me disteis de comer...»* (Mt. 25-34 ss) **(1038-1041).**

Los nuevos cielos y la nueva tierra

La Sagrada Escritura nos habla de «nuevos cielos y nueva tierra», renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo (2 Ped. 3,13; Apoc. 21,1,5), y antes que, al fin de los tiempos, llegue el Reino de Dios a su plenitud, habrá una época admirable de paz, de la que nos hablan las Escrituras Santas, y después de las grandes pruebas y persecuciones, la victoria definitiva sobre las fuerzas del mal, será la de Cristo... y el término final de los justos será la Jerusalén celeste en la que ya no

habrá muerte, ni llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado (Apoc. 21,4.27). «El Universo visible, como dice San Ireneo, está destinado a ser transformado, a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos».

Terminamos con estas palabras del Conc. Vaticano II:

«Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia, y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres» (GS. 39,1) **(1042-1050).**

AMÉN

El Credo, como el último libro de la Biblia (Apoc. 22,21) se termina con la palabra hebrea AMÉN. Se encuentra también frecuentemente al final de las oraciones del Nuevo Testamento. Igualmente la Iglesia termina sus oraciones con un «Amén».

Notemos que este «Amén significa: «Así sea», y no hay que confundirlo con el «Amén» que decimos en la Comunión. Cuando el sacerdote dice: «El Cuerpo de Cristo», tú dirás: «Amén». Este «Amén» significa: «Así es», que es como decir: «Creo que es el Cuerpo de Cristo».

En hebreo, «Amén» pertenece a la misma raíz que la palabra «creer». Esta palabra expresa «solidez, fidelidad». Así se comprende porque el «Amén» puede expresar tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros como nuestra confianza en Él. Dios siempre es fiel a sus promesas.

«Todas las promesas hechas por Dios han tenido su «sí» en Él; y por eso decimos por Él «Amén» a la gloria de Dios (2 Cor. 1,20) **(1061-1065).**

Por Él con Él y en Él,
A Ti, Dios Padre omnipotente

en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria,
por los siglos de los siglos.
AMÉN.

SEGUNDA PARTE

LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO 1

Esta segunda parte, que trata del misterio cristiano, comprende dos secciones: la primera de la «economía sacramental», que consiste en la comunicación (o «disposición») de los frutos del misterio pascual de Cristo en la celebración de la liturgia «sacramental» de la Iglesia, y la segunda de los «siete sacramentos de la Iglesia»-

En esta primera parte nos limitamos a exponer con claridad qué entendemos por el misterio cristiano y nos atenemos en general al resumen que hace el Catecismo.

PRIMERA SECCIÓN

LA ECONOMÍA SACRAMENTAL

Razón de ser de la Liturgia

Lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia es el Misterio de Cristo a fin de que los fieles vivan de él y den testimonio del mismo en el mundo **(1066-1068).**

¿Qué entendemos por el misterio de Cristo?

Por el misterio de Cristo entendemos su vida desde su Encarnación hasta su Ascensión al cielo. (Este misterio, oculto a todos los siglos, «desde tiempo eterno», Dios nos lo ha revelado especialmente en el Evangelio (Rom. 16,25-26).

Y ¿qué entendemos por el misterio pascual? **El misterio pascual es la pasión, muerte, resurrección y ascensión de Cristo al cielo, obra por la que Él ha realizado la redención humana y la perfecta glorificación de Dios.**

Por este misterio, «con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida» (SC. 5).

Nota: Este misterio revelado y realizado en la historia *según un plan o una disposición* sabiamente ordenada, San Pablo lo llama «la Economía del misterio» (Ef. 3,9) y la tradición patrística lo llama «la Economía del Verbo encarnado» o la «Economía de salvación» **(1066-1068).**

Sobre la palabra «Liturgia» hemos de decir que es empleada en el Nuevo Testamento para designar ante todo «la celebración del culto divino» (Hech. 13,2; Lc. 1,23), y también el anuncio del Evangelio (Rom. 15,16; Fil. 2,14-17.30) y la caridad en acto (Rom. 15,27; 2 Cor. 9,12; Fil. 2,25).

¿Qué es, pues, la liturgia? Es el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo en la que, mediante signos sensibles, se significa y se realiza la santificación del hombre y el culto a Dios **(1069-1070).**

Capítulo 1.º

EL MISTERIO PASCUAL EN EL TIEMPO DE LA IGLESIA

La Liturgia, obra de la Santísima Trinidad

El Padre, fuente y fin de la liturgia

El Padre nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en Cristo, por cuanto nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor... (Ef. 1,5-6).

Bendecir es una acción divina que da la vida y cuya fuente es el Padre... Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, toda obra de Dios es *bendición.*

—En la liturgia de la Iglesia, *Dios Padre* es bendecido y adorado como la *fuente de todas las bendiciones* de la creación y de la salvación con las que nos ha bendecido en su Hijo para darnos el Espíritu de adopción filial.

La obra de Cristo en la liturgia

Esta obra es sacramental porque su Misterio de salvación se hace presente en ella por el poder de su Espíritu Santo; porque su Cuerpo que es la Iglesia es como el sacramento (signo e instrumento) en el cual el Espíritu Santo dispensa el Misterio de la salvación; porque a través de sus acciones litúrgicas, la Iglesia peregrina participa ya, como en primicias en la liturgia celestial.

Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, constituidos por Él para comunicar su gracia, y está presente en la liturgia terrena, en la Iglesia, en los actos litúrgicos...

La misión del Espíritu Santo en la Liturgia de la Iglesia es la de preparar la Asamblea para el encuentro con Cristo; recordar y manifestar a Cristo la fe de creyentes; hacer presente y actualizar la obra salvífica por su poder transformador y hacer presente y actualizar la obra salvífica por su poder transformador y hacer fructificar el don de la comunidad en la Iglesia.

El Misterio Pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio.

La Epíclesis («invocación sobre») es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios.

Junto con la *Anamnesis* (en la que el Espíritu Santo nos «recuerda» a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por noso-